

muerte. Quería encontrar alguna causa plausible para que no se clamase contra la injusticia que iba á consumar. Nada habia conseguido por medio de los testigos, y podia temer que si seguia en su exámen, encontrase con algunos sinceros, veraces y firmes que declarasen, segun su conciencia, en favor de la santidad de la doctrina del acusado y de la multitud de sus prodigios, y esto le seria muy funesto. Para huir semejante peligro, abandonó el exámen de testigos y acudió á la autoridad. Se levanta del tribunal, como un hombre asombrado de la multitud de acusaciones que estos habian hecho á Jesus, y acercándose al Señor, ¿nada respondes, le dijo con un tono de autoridad irritada, nada respondes á las cosas de que te acusan? Mas Jesus callaba. Entonces dijo el pontifice : Te conjuro por Dios vivo, que nos digas, si eres tú Cristo, Hijo de Dios. La pregunta era decisiva. Nuestro divino Salvador estaba obligado á dar gloria á su eterno Padre, en cuyo nombre se le conjuraba, y era preciso hablar claramente.

El Señor la dice y es tratado por esto de blasfemo y declarado reo de muerte.

Esto iba á costar al Señor la vida, lo conocia muy bien; pero á este precio habia de dar honor y gloria á su eterno Padre, animar á sus discipulos, y conquistar millones de mártires. Sin balancear, ni detenerse un momento, yo soy, le respondió : tú lo has dicho. Y os aseguro que veréis de aquí á poco al Hijo del hombre estar sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo. Estas palabras, que convienen expresamente al juicio final, se aplican tambien al terrible castigo que dentro de pocos años habia de hacer el Señor en sus enemigos, destruyéndolo por medio de los Romanos su templo, reduciendo á ruinas su ciudad, y acabando con sus habitantes, su sacerdocio y su culto. Pero esta ter-

rible amenaza no asustó á persona alguna del consilio; fuese porque no la entendieron, fuese porque no la creyeron, ó fuese, y esto es lo mas creible, porque toda se atencion estaba ocupada en hallar reo de muerte á Jesucristo: El príncipe de los sacerdotes se mostró lleno de horror, al oír las palabras del Señor, rasgó sus vestiduras, y exclamó : Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabais de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Y ellos respondieron, diciendo : Reo es de muerte.

Desea la sinagoga sacrificarle al momento.

Caifás oyó la sentencia del concilio con todo el contento que se puede discurrir, y Jesucristo la escuchó con todo el aliento con que despues sufrió su rigor. Desde este momento hasta el de su muerte, ya no tuvo sino acerbos dolores que sufrir, y ultrajes indignos que sobrellevar. Se sometió á la voluntad de Dios y no se quejó de los hombres. Estaba la sinagoga tan sedienta de la sangre de su Mesías, y tan ansiosa de derramarla, que inmediatamente habria pasado á publicar la sentencia y á ejecutarla; pero Dios no lo queria así. El sacrificio del Cordero de Dios por los pecados del mundo debia identificarse en el tiempo con el del cordero pascual, y era preciso que para esto llegase la tarde del viérnes. En este tiempo debian cumplirse muchas profecías que tenian fijado en él su cumplimiento. Era tambien necesario, en el estado en que se hallaba la nacion, contar con la aprobacion del magistrado romano para ejecutar las sentencias de muerte; y no lo era menos irritar al pueblo, que amaba mucho al Señor, haciéndole creer que el Señor era un blasfemo. Todo esto pedia tiempo, y como estaban resueltos á sacrificarle antes de la Pascua, juzgaron que no podian perder ni un momento; y determinaron no separarse, sino para tomar algun descanso,

quedando citados para volver á reunirse al venir el día siguiente.

Sacan al Señor de la audiencia y le bajan al atrio.

No enviaron á Jesus á la prision, porque no acostumbraban hacerlo con los reos cuyas causas querian abreviar. Le entregaron á la guardia de los soldados, y se retiraron de la audiencia. De ella fué sacado el Señor por los ministros, y conducido al atrio, donde luego le rodeó la guardia incomodada, y muy dispuesta á vengar en su divina Persona el trabajo de velar por su causa toda aquella noche. Al contrario, el Señor bajó muy consolado al lugar de su confusion, porque se iba á hallar á tiempo de socorrer al primero de sus apóstoles. Quería dar la mano á Pedro y ayudarle á salir del abismo en que le habia sumergido su presuncion, porque este apóstol iba á experimentar, á pesar de sus juramentos, su gran flaqueza.

Negacion de Pedro.

Con el favor de Juan habia entrado Pedro, como ya dijimos, hasta el atrio del palacio del sumo sacerdote Caifás, pero no tuvo libertad para pasar adelante con Juan y le fué necesario quedarse en él en medio de los soldados, y rodeado de alguaciles y criados; gente baja, que conociendo las disposiciones de sus amos, decian y hacian al Señor cuanto mal les habian oido. La ocasion era bella para salir un discípulo á la defensa de su Maestro. Pedro la dejó pasar sin atreverse á declarar en su favor. Tomó el partido de callar y de no manifestar en manera alguna que tenia interés por el preso, y este silencio fué la primera flaqueza que anunciaba ya su caida. Acaso esperaba salir con el disimulo del mal paso en que se hallaba pero no le sucedió como pensaba.

Estaban los soldados, criados y ministros calentándose á la lumbre, y Pedro se calentaba con ellos. Para su desdicha pasó por allí la criada portera, y le preguntó : ¿ Acaso eres tú de los discípulos de este preso? ¡ Terrible pregunta para un hombre sobrecogido ya de temor! Turbado Pedro con este contratiempo, expuesto al insulto de toda aquella turba, y acaso tambien á la prision y al castigo, se halló como fuera de sí; y por un encadenamiento de faltas, de un silencio tímido pasó á una omision culpable, y de esta á un lenguaje infiel. ¡ Qué asombro! el Príncipe de los apóstoles renuncia delante de todos á Jesucristo, y aunque temblando, deja caer de sus labios estas desdichadas palabras : No soy. Apenas acaba Pedro de negar á Jesucristo, cuando cantó el gallo la primera vez. Poco despues vino una criada del sumo sacerdote, y como viese á Pedro calentándose, le miró con cuidado, y le dijo : Tú estabas con Jesus Nazareno; y Pedro lo negó con juramento, diciendo : Ni le conozco, ni sé lo que dices. Pasada como una hora, uno de los criados del pontífice, pariente de aquel cuya oreja habia cortado Pedro, le dijo : ¿ Acaso no te ví yo en el huerto con Él? Sin duda tú eres de ellos, porque tú eres Galileo, y aun tu lenguaje te descubre. Entonces comenzó Pedro á jurar, anatematizar y hacer imprecaciones, asegurando que no conocia á tal hombre.

Bien conocia Pedro á aquel divino Maestro á quien negaba. Le amaba y era tiernamente amado de Él. Le adoraba, y gemia viendo su situacion lastimosa, pero al mismo tiempo se avergonzaba de confesarle; no se sentia ya con aquel fervor que le habia hecho decir tantas veces, yo os seguiré, Señor, hasta las prisiones y la muerte. Sin embargo, Pedro no era infiel en su corazon. Creía que Jesucristo era el Hijo de Dios vivo, y su lengua era la que mentia á su corazon. Aun estaba negando á su divino Maestro, cuando volvió á cantar el gallo. Pedro habia negado á Jesucristo tres veces, antes que cantase esta segunda, y por su desdicha se habia

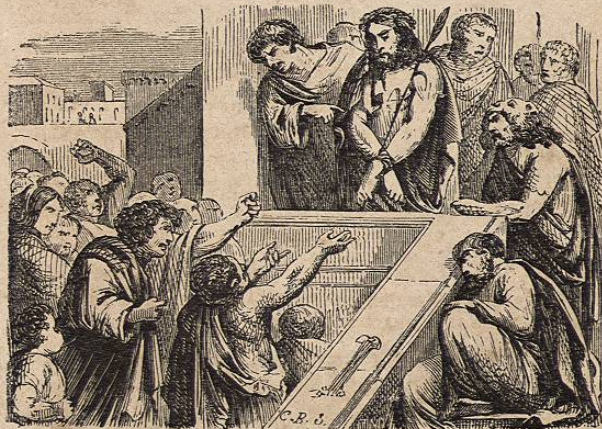
cumplido á la letra la profecía de Jesucristo, que habia dicho : Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Á este tiempo, volviéndose el Señor á su pobre discípulo, le dirigió una mirada.

Su conversion.

Poco habrian sido para Pedro, sin esta mirada, los cantos del gallo, que era la señal que se le habia dado de su caída. Pero ¡qué no puede una mirada de Jesus, y de Jesus expiando en prisiones la caída de su apóstol ! El canto del gallo hirió los oídos de Pedro. La mirada de su divino Maestro le traspasó el corazón, y estos dos medios de salud llevaron la unción de la divina gracia á lo íntimo del alma de Pedro, y Pedro se convirtió. Salió inmediatamente de la casa, donde habia padecido tan lastimosa desgracia, y se entregó al mas profundo arrepentimiento, derramando un torrente de lágrimas, cuyo manantial no se agotó en toda su vida; lágrimas arrancadas por un vivo dolor, acompañadas de una santa confusión, y sostenidas por una firme esperanza y una profunda humildad; lágrimas tales, cuales debian ser las de un apóstol penitente, que llevaba con ellas su culpa, mientras que llegaba el tiempo de lavar su culpa con su sangre; lágrimas, en fin, que sostuvieron al discípulo en su inmensa pesadumbre, y consolaron al Maestro en su lastimoso desamparo.

Tormentos y ultrajes que sufre el Señor en el atrio.

Mientras que Pedro lloraba amargamente su desgracia, los soldados, ministros, alguaciles y criados, rodearon á Jesucristo para hacerle padecer cuanto pudieron imaginar de mas afrentoso y sensible. Jesus, atado y hecho el centro del oprobio, es el Rey de Israel, el



Mesias esperado con tantas ansias y por tantos siglos, el Hijo único de Dios, el muy amado del eterno Padre, el Salvador de los hombres, el espejo donde se miran los ángeles... ¡y los que le rodean, le miran como el mas despreciable de los hombres!!! Ciertamente, si los sucesos que es preciso referir en esta parte de su historia, no hubieran de componer reunidos su verdadera gloria, y la confusion de sus enemigos, se negaria toda pluma cristiana á escribir tantos horrores. Las gentes brutales, á quienes se habia entregado el mas amable de los hijos de los hombres, hacen del Hijo de Dios una diversion bárbara, un entretenimiento cruel, y toman por descanso cargarle de ultrajes. El Salvador se mantiene en medio de ellos con un semblante grave, modesto y digno de la grandeza de su alma, y esta misma grandeza que conserva entre los insultos, aumenta el furor de sus verdugos. Unos le escupen en la cara, ¡Dios mio!!! otros le maltratan á puñadas, ¡cielos santos!!! y otros cubriéndole los ojos, le dan fuertes hofetadas, diciendo: Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió? Bien pudiera señalarlos el Señor, y reducirlos al mismo tiempo á la nada; pero estaba cumpliendo las profecias y la voluntad de su Padre, y por eso nada decia ni hacia. Este silencio y sufrimiento, en vez de moverles á compasion, excita mas la cólera de aquellas bestias feroces. Redoblan los golpes, renuevan los ultrajes, y un proceder tan inhumano y cruel no se acaba sino con la noche.

Vuelve el concilio á preguntar al Señor.

Venida la mañana, los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, los escribas, y todo el concilio volvieron á reunirse para seguir y concluir la causa contra el Señor. Luego le subieron del atrio, donde habia sido ultrajado toda la noche, y le presentaron en la sala de la audiencia, á discrecion de unos jueces mas

perversos que sus ministros y criados. Á fin de dar alguna apariencia de orden, comenzaron la sesion por revisar la sentencia de muerte que habian dado contra el Señor en la noche anterior. La causa de esta sentencia era haber confesado el Señor que era Hijo de Dios. Esta confesion, despues del cumplimiento de tantas profecías y de tantos milagros hechos en prueba de esta verdad, no podia mirarse como blasfema, sino por hombres rebeldes á la verdad; y así por mas seguridad que afectasen los jueces del concilio, nunco podia dejar de parecerles dudosa esta sentencia; pero su revision era muy conveniente para extraviar al pueblo y muy á propósito para engañarle. Por otra parte el Señor estaba muy léjos de querer defenderse, y sus enemigos no necesitaban mas para su triunfo. Los encargados de revisarla, preguntaron luego al Señor sin otro preámbulo: Si tú eres Cristo, dínoslo claro.

El Señor responde lo mismo y la sentencia se confirma.

Si os lo dijere, les respondió el Señor no me creeréis, y si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. Mas el Hijo del hombre se sentará luego á la diestra del poder de Dios. Esta respuesta era en sustancia la misma que habia dado pocas horas antes, y que habia sido tan cruelmente castigada por toda una noche; pero en este momento ya no se trataba sino de confirmar la sentencia de muerte que se habia pronunciado. Disimularon todo el enfado que pudo causarles la respuesta del Señor, y solo se aplicaron á valerse de ella para su intento. Luego tú eres Hijo de Dios, le dijeron. Bien previó el Señor las consecuencias de la nueva confesion que iba á hacer; pero no las temió. Vosotros decís bien, les respondió, que yo soy el Hijo de Dios. Aquí todos los jueces clamaron: ¿Para qué necesitamos mas testimonios? Nos-

otros mismos hemos oido de su boca (la confirmacion de sus blasfemias).

Llevan al Señor al palacio del presidente Pilatos, y viéndolo Judas se desespera y ahorca.

Entonces la guardia de los soldados tomó á Jesus y lo llevó de la sala del concilio al pretorio de Poncio Pilatos, presidente de la Judea. Iba en tropel rodeando al Señor la turba de sus enemigos y llenándole de insultos. Viendo Judas que Jesus iba á ser condenado á muerte, llevado de un cruel pesar, volvió á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos los treinta monedas de plata (en que le habia vendido), diciendo: He pecado, entregando la sangre de un Justo. Judas conoció la enormidad de su pecado, pero no conoció que el mayor de todos los pecados á los ojos de un Dios que muere por la salvacion de todos los hombres, no era haberle sido traidor, sino desconfiar de su misericordia y no hacer penitencia. Los príncipes y los ancianos, que se hallaban en el templo, no quisieron recibir este dinero, y respondieron á Judas con aquella frescura é indiferencia con que los perversos miran á los malvados, cuando estos son ya inútiles al cumplimiento de sus designios. ¡Y qué nos importa á nosotros, le dijeron, que tú hayas ó no pecado! Allá tú te entiendas.

Entonces, arrojando Judas los treinta dineros en el templo, salió de él desesperado y se ahorcó. Un pesar tan amargo y profundo le hubiera podido salvar, si hubiese sido sostenido por la esperanza y confianza en Dios; pues no hay pecador á quien el pesar de su culpa y la esperanza del perdon no hagan volver al seno amoroso del Señor. Judas, aunque mas culpado que Pedro, solo con haber esperado y llorado amargamente como él, nos hubiera dado el consuelo de bendecir todos los dias las misericordias del Señor sobre tan desventurado

apóstol; pero Judas desesperó, se colgó y derramó sobre la tierra todas sus entrañas. ¡ Muerte horrible! que no tiene semejante en la historia del mundo, si se consideran todas sus circunstancias.

Compran con el dinero en que fué vendido el Señor un campo para sepultura de peregrinos.

Los príncipes de los sacerdotes, habiendo tomado el dinero que arrojó Judas en el templo, dijeron: No es lícito poner este dinero en el corbona (en el tesoro) porque es precio de sangre. Los sacerdotes, escribas y fariseos, hipócritas como siempre, después de haberse traído un camello, hicieron escrúpulo de pasar un mosquito; esto es, después de haber comprado con aquel dinero la sangre del Justo, no se atrevieron á ponerlo entre el dinero del templo. Tuvieron un consejo para determinar este punto, y resolvieron que se comprase con ello el campo de un alfarero para sepultura de los peregrinos, al que llamaron *Hacéldama*, esto es, Campo de sangre; y así se llamaba cuando escribió san Mateo su Evangelio. Entonces se cumplió lo que habia sido anunciado por el profeta Jeremías, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fué apreciado el que apreciaron los hijos de Israel; y los destinaron para comprar el campo del alfarero, como me lo dió á entender el Señor.

Van el concilio y la multitud á acusar al Señor delante de Pilatos.

Tenia el presidente Pilatos su tribunal en Jerusalem, á él acudieron los Judíos para la conclusion de este negocio, que querian finalizar en el dia y antes que mediase la tarde. Era Pilatos un hombre naturalmente

recto, pero tímido. Las disputas de los Judíos entre sí le importaban poco, cuando el interés de sus amos no tenia parte en ellas. Sabía los movimientos que hacian los escribas y fariseos y los sacerdotes y doctores de la ley en punto á un hombre que llamaban Jesus, pero miraba estas inquietudes como excitadas por la envidia y adelantadas con exceso bajo el pretexto de religion. No temia malas consecuencias por lo que miraba al Estado, y esperaba tranquilo que viniese á su poder el proceso para hacer entrar los ánimos en su deber. Mas no era esto lo que pretendia el pontífice y los miembros del concilio. Ellos iban con el Señor y muy resueltos á no perderle de vista hasta que se verificase su muerte. Una multitud de Judíos, congregados en Jerusalem para celebrar la fiesta de la Pascua, iban en tumulto á apoyar la demanda de sus jefes, y dispuestos á un alboroto, si era necesario. Los discípulos del Señor no se atrevieron á parecer, y sus apasionados se escondian atemorizados. Las medidas estaban tan bien tomadas, que el suceso no parecia dudoso. No obstante, mas de una vez estuvo para dar en tierra por los esfuerzos de la rectitud natural, y los sentimientos de humanidad de un gentil.

Pilatos se inclina á favor del Señor.

Era muy de mañana cuando los enemigos del Señor llegaron al palacio de Pilatos con su divina Víctima. Este palacio tenia delante de sí una plaza, en la que se presentaron los individuos del concilio y la multitud que les seguia. El Señor fué conducido por la guardia á la sala de la audiencia; pero sus acusadores se excusaron de entrar en ella, porque tenian que comer la Pascua, y se contaminarian si entrasen en la habitacion de un incircunciso. Tenia el palacio un balcón ó galeria cubierta, que por una parte dominaba la plaza, y por otra

se comunicaba con las habitaciones interiores. Desde esta galería ó balcón habia de oír Pilatos las acusaciones de los Judíos, que se mantenian en la plaza, y entrar despues al pretorio ó audiencia para oír las defensas de Jesus é instruirse de este modo de las razones de los acusadores y del acusado. Todas las presunciones del presidente estaban á favor de Jesus, y así no le molestó con interrogatorio.

Confiesan los Judíos que no tienen autoridad para quitar la vida y por consiguiente que no tienen ya rey.

Salió luego al balcón, y dirigiendo sus palabras á los magistrados, ancianos, escribas, fariseos, príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley (pues todos se hallaban allí acusando al Señor juntamente con el pueblo), les preguntó : ¿Qué acusacion traéis contra este hombre? Si no fuese malhechor, contestaron con altivez, no le hubiéramos entregado. Pues bien, les dijo Pilatos; si estais seguros de que es un malhechor, tomadle y juzgadle vosotros, segun vuestra ley. No, dijeron al momento, á nosotros no es permitido matar á ninguno (porque habia salido ya el cetro de la casa de Judá y era el tiempo del Mesias, segun la profecia de Jacob). Jesucristo habia dicho muchas veces que moriria en la cruz, pero este género de muerte no se permitia en el pueblo de Israel, y por ese añadia siempre el Señor, que su pueblo le entregaria á los gentiles para que le crucificasen. Este oráculo se comenzaba á cumplir en el palacio de Pilatos. Los Judíos querian que muriese Jesucristo, pero que le condenase á muerte Pilatos, y al ver que este se desentendia de sentenciarle, entraron en un género de tumulto. Los principales acusaban al Señor sobre muchas cosas, pero conociendo que todas ellas eran despreciables, se fijaron en dos que les parecieron capitales, y á propósito para salir con el triunfo, y no se en-

gañaron. Nosotros, gritaron, hemos hallado á este hombre pervirtiendo á nuestra gente, prohibiendo dar *tributo al César*, y diciendo : que es él *Cristo rey*. Pilatos no se dejó engañar por estas acusaciones. No obstante, como eran de tanta gravedad, y se hacian por hombres de carácter, y sobre todo como se trataba de la autoridad del César, no pudo desentenderse de ellas.

Se ve precisado Pilatos á preguntar á Jesucristo.

Deja Pilatos á los sacerdotes y príncipes del pueblo, vuelve á entrar en el pretorio, y llamando á Jesus aparte : ¿Tú eres, le preguntó, el Rey de los Judíos? Y el Señor le respondió : Tú lo dices; ¿pero preguntas esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí? ¡Pues qué! dijo Pilatos; ¿soy yo Judío? Tu gente y pontífices te han puesto en mis manos : ¿qué has hecho? (He dicho que soy Rey); pero mi reino no es de este mundo; si fuese de este mundo, mis ministros pelearian para que no fuese entregado á los Judíos; pero mi reino no es de aquí. ¿Luego tú eres rey? dijo Pilatos. Tú dices, respondió el Señor, que yo soy rey. Yo para esto he venido al mundo (mas no para reinar sobre los cuerpos, ni disputar á los reyes sus coronas y cetros, sino para reinar sobre las almas), y darlas testimonio de la verdad, porque todo aquel que viene de la verdad, oye mi voz.

¿Qué es verdad? preguntó aquí Pilatos, y sin esperar, por su desgracia, una respuesta que, como del Hijo de Dios, habria llevado adelante la obra de su salvacion, tan manifiestamente principiada, volvió á presentarse á los príncipes de los sacerdotes y á las turbas, diciendo : Yo ningun delito hallo en este hombre. Entonces levantaron mas el grito y clamaban, diciendo : Tiene alborotado el pueblo. Pilatos hizo callar al tumulto, y cuando se hubo restablecido el sosiego, dijo á Jesucristo : ¿No oyes cuantos testimonios dicen contra tí? Pero el Señor

guardaba un profundo silencio (como el cordero que, en expresion del profeta permanece mudo entre las manos del que le esquila) y no le respondió palabra alguna, hasta admirarse de ello el presidente en gran manera. Bien hubiera querido Pilatos encontrar el secreto de enviar absuelto á Jesus. Por lo menos él buscaba medios para no tomar sobre sí el sacrificio de un inocente. Conocieron los Judíos la intencion del presidente; vieron su irresolucion y timidez, y creyeron que un poco mas de resistencia y ruido acabaria de vencerle á su favor. Si se contemporiza con los revoltosos y se miran contemplados, luego se determinan á llevar adelante sus alborotos.

Pilatos envía á Jesucristo á Herodes.

Vos no sabeis, dijeron al gobernador, quién es ese hombre. El principió á sembrar sus máximas sediciosas en la Galilea y ha venido derramándolas por toda la Judea, hasta tener el atrevimiento de publicarlas en la capital. Cuando Pilatos oyó hablar de la Galilea, creyó que se le habia presentado un arbitrio para salir de su apuro. Luego preguntó si Jesus era Galileo. Es, le dijeron, natural de Nazareth, ciudad de la Galilea. (En esta ciudad habia pasado Jesucristo casi toda su vida, y de ella eran su Madre, la santísima Virgen, y san José, su padre putativo; y por eso los Judíos le tenían por natural de Nazareth, aunque en realidad lo era de Belén, donde habia nacido.) Sabido por Pilatos que Jesucristo pertenecia á la jurisdiccion de Herodes, gobernador de la Galilea, y que este se hallaba á la sazón en Jerusalem, le remitió escoltado y atado, como estaba, á su palacio, adonde le siguieron sus acusadores.

Noticia de Herodes y de su carácter.

Herodes, llamado Antipas, era hijo de Herodes el Grande (de aquel Herodes que mandó degollar los inocentes, y de quien tanto hemos hablado en esta historia) y de Cleopatra, natural de Jerusalem. Antipas fué nombrado tetrarca de la Galilea por Augusto, fué el mismo que quitó á su hermano Filipo á su mujer, la escandalosa Herodías, madre de la bailarina Salomé, y tambien el que hizo decapitar al Bautista. No habia mudado Antipas de carácter, despues que sacrificó al Precursor á la satisfaccion de sus placeres. Su natural era voluptuoso y por su parte procuraba satisfacer todos sus deseos y antojos.

Su contento cuando le presentaron al Señor.

Fué grande el contento que tuvo cuando le presentaron al Señor y le dijeron: que Pilatos ponía en sus manos, como en las de su juez natural, aquel Galileo, á quien los Judíos habian llevado á su tribunal fuera de propósito. Habia mucho tiempo que deseaba Herodes ver al Señor, porque habia oido de Él muchas cosas, y esperaba que hiciese algun prodigio en su presencia. Estaba la multitud, y particularmente los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusando al Señor sin cesar delante de Herodes, mas este no hizo caso de sus clamores, y fijó toda su atencion en el Señor, porque esperaba verle obrar algun milagro. Para conseguirlo le hizo desde luego muchas preguntas; pero el Señor nada respondia. Vió Herodes que estaba muy léjos de conseguir un milagro de quien ni aun conseguía una respuesta, y picado de este silencio, que miró como un desprecio, le insultó con toda su cohorte, le escarneó